la gota de azur
Función de pútridos seres
inmaculados. Pesadilla del mízcalo
y de la cabeza de medusa.
Astrales salas donde yo conservo
como otras veces con Ivan Tanguy
el extremo contacto negro con la otra
vida y el más vacío perfume

CARLOS EDMUNDO DE ORY

¿NO HA VISTO USTED «PAISAJE DEL PUENTE», DE DIAZ CANEJA? AQUÍ LO TIENE.

Y esto es lo que queda al final: un noble cansancio extendido, abierto; un amarillo mate, velado en un vaho de después de la plenitud, de empezar a ser definitivamente después. Mirad: el horizonte alto apenas deja una rendija con nubes de fin de agosto, tras del violeta de último término: un esqueleto de río sigue fielmente la diagonal del cuadro, saltado por un puentecillo de la misma materia de los terrones, y su rodera de barro seco; arriba, a la izquierda, un breve repecho ocre, y por todas partes, en el amarillo pajizo, como el recuerdo de un verde que hubo, que podría quizá haber si queda vida para el mundo.

Es el fin del verano, el límite desnudo, sin memoria de lo que fué espiga, si no es la huella de la serenidad aprendida; es la más pura soledad, en olvido, y sintiendo gravitar encima, pecho contra pecho, toda la abertura del cielo; el paisaje, plano y bajo, como al pie de las nubes, ofrecido en anchura, en vacío. Podría acabar, podría recomenzar la vida aquí; es el punto en que el girar del tiempo roza lo perenne, lo que queda tras las fronteras del año.

Y todo esto nos lo da el pintor de una vez, en una sola materia costrosa, reseca, como la tierra de la era, donde la paja se hace mineral y la arena se vuelve de oro; pintando en barbecho, en la tierra misma, con el relieve de las huellas, pobre de largo camino, palidecido de experiencia, preparado a bien morir.

JOSÉ M.ª VALVERDE